

La Universidad como libro

VICENTE QUIRARTE

Desde la etimología de sus nombres, la Universidad y el libro anuncian su calidad de suma de los conocimientos que acumulamos a lo largo de nuestra breve experiencia planetaria. Gracias a los centros de cultura y a su concreción en el ser generoso y exigente que llamamos libro, el pensamiento es más longevo que quien lo genera y puede alcanzar, en ocasiones, lo que llamamos eternidad. La Universidad y el libro tienen el privilegio de su doble personalidad: espacios de tránsito, provocadores de las más altas y peligrosas adicciones, gracias a ellos podemos viajar sin movernos de nuestro sitio; mirar más allá de los ojos. Pero el libro como objeto y la Universidad como un conjunto de edificios carecen de sentido sin los seres humanos que a partir de esas realidades hacen más vasto el horizonte.

En 1554, Alonso de la Veracruz dedica a la Real y Pontificia Universidad de México la primera edición americana de la *Dialéctica* de Aristóteles. Cuatro siglos más tarde, Rubén Bonifaz Nuño encabeza el proyecto de traducir a la sensibilidad de nuestro tiempo las obras de los clásicos grecolatinos —esos viejos siempre tan jóvenes— en la *Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana*, bajo la bandera de nuestra casa de estudios. Bastaría el anterior, como varios otros ejemplos, para demostrar el desarrollo paralelo que han tenido los libros y la Universidad en la evolución de nuestro país.

Hacer la historia de la actividad editorial en nuestra máxima casa de estudios es una actividad necesaria e impostergable. Afortunadamente, comienza a darse los primeros pasos. La prolija investigación realizada por Georgina Araceli Torres, de nuestra Facultad de Filosofía y Letras, bajo el título *La Universidad en sus publicaciones*, aparecerá en breve bajo el sello de la Coordinación de Humanidades. Actualmente, la Dirección General de Publicaciones y la Dirección General de Fomento Editorial, junto con el Instituto de Investigaciones Bibliográficas, proyectan la realización del catálogo histórico de las publicaciones universitarias. Del mismo modo en que un conjunto de hojas no constituye un libro ni una suma de libros una biblioteca, sería incompleta una Universidad sin conocimiento de su acervo bibliográfico. Como señala el maestro Mario Melgar Adalid en el recientemente publicado Catálogo de las

Colecciones de la Coordinación de Humanidades: “Conocer nuestro patrimonio editorial, rastrear nuestros orígenes y evolución es una manera de defender esta parte sustancial de nuestra tarea.”

A partir de esta premisa, quienes en la Universidad nos vemos involucrados en el universo del libro, sea como autores o como editores, debemos formularnos varias preguntas: ¿qué libros hacer y para quiénes? Hablar del legado bibliográfico de la Universidad es un manifiesto y una pregunta: todo legado intelectual tiene la obligación de mantener la vigencia que el oro y la espada pierden con el paso del tiempo. Se extinguió la pasión de un muchacho llamado Cayo Valerio Catulo por una mujer llamada Lesbia; de los restos de un emperador llamado Marco Aurelio no queda acaso sino el polvo; alguna vez caminó por nuestras calles un soldado de la pluma que respondía al nombre de José Joaquín Fernández de Lizardi. Pero los *Cármenes*, los *Pensamientos*, *Las conversaciones del payo* y *el sacristán* son una herencia viva, gracias a la cual conversamos, ahora y mañana, con los autores, sea en el aula, en el coloquio o en las cada vez menos frecuentes horas dedicadas a la lectura gratuita y desinteresada, el más creativo y noble de los ocios.

A José Vasconcelos se debe la iniciativa de publicar obras de autores clásicos en ediciones de gran tiraje. *La Historia de México* de Justo Sierra, nuestro fundador, alcanzó un tiraje de 100 mil ejemplares y su distribución fue prácticamente gratuita entre los sectores marginados. En 1992, con motivo del encuentro de dos mundos, *Visión de los vencidos* de Miguel León-Portilla alcanzó un tiraje de 100 mil ejemplares. Son dignos de mención ambos ejemplos para ver cómo dos libros de historia, escritos en el mejor de los estilos, alcanzan tirajes análogos en épocas donde la población consumidora es numéricamente muy distinta. El México de Vasconcelos no es el mismo que el nuestro: el analfabetismo ha retrocedido pero los índices de lectura están muy por debajo de lo deseable. Otros son los enemigos y más poderosas sus armas. El reino de la fantasía, como alegoriza Michael Ende en *La historia interminable*, se ve gravemente amenazado por quienes buscan el control del pensamiento o su total desaparición.

El combate librado por los defensores de Tenochtitlan, recogido en la citada obra de León-Portilla, es tan heroico como

el mantenido por el libro contra los grandes consorcios comunicadores que ven en el libro uno de sus principales oponentes. En su miliar conferencia en la Universidad Argentina de Córdoba, en octubre de 1922, Vasconcelos dejó claro que el progreso de un país no se lograría sólo mediante la multiplicación de las escuelas; era necesario que el libro apoyara esta cruzada civilizadora. En un país donde el reparto de tierra y la utilización racional y justa de los recursos materiales eran preocupaciones prioritarias, parecía un lujo la publicación de obras de Romain Rolland o Rabindranath Tagore, y así intentaron propagarlo las fuerzas oscurantistas. Vasconcelos y sus colaboradores no escucharon la necesidad de esas palabras y quisieron ser más atentos a la frase de José Martí: "Ser cultos para ser libres." El ceño fruncido del *David* de Miguel Ángel, recreado en la biografía de Rolland, bien puede ser metáfora del México bisoño pero desafiante que demostraba la posibilidad de vencer al gigante del pretérito con las armas de la inteligencia. Pocos lo expresaron tan claramente como Gilberto Owen: al mencionar la colección de clásicos mediante los cuales la juventud hacía la construcción duradera del país, habla de "unos libros que olían tan a nuevos, los muy clásicos, que parecían escritos aquella misma mañana".

Quienes en la Universidad nos vemos involucrados en el universo del libro, debemos formularnos varias preguntas: ¿qué libros hacer y para quiénes?, ¿cómo hacer para que la forma y el fondo se combinen, de tal modo que al significante corresponda el significado? Un título de la Biblioteca del Estudiante Universitario como *Pueblo y canto* de Ángel de Campo, nuestro entrañable Micrós, descubridor del barrio, historiador de los hombres sin historia, cabe en la bolsa del saco o del pantalón y es compañero del viaje hacia el trabajo o la escuela. En cambio, el *Material poético* de Carlos Pellicer es una prueba de la tangibilidad de la poesía. El propio poeta tabasqueño solía decir que por su peso y su tamaño era un material para construir casa. Las metáforas se convierten en lugares comunes por su sabiduría y la de Pellicer no es la excepción: el libro es una casa cuya construcción exige el trabajo conjunto y especializado de cada uno de sus componentes.

Una visita a los talleres de la Imprenta Universitaria equivale a viajar a través de la historia de la imprenta. Desde el monotipo donde son fundidos en plomo cada uno de los caracteres, hasta la instantánea reproducción a través del rayo láser, el hombre ha atestado en este siglo XX un desarrollo sin paralelo en las artes gráficas. Habrá, naturalmente y por fortuna, los defensores de la vieja escuela y quienes se muestren decididos partidarios de los nuevos métodos. Subsisten los enamorados de la mano que siente la letra hundida en el papel de fibra natural y aumentan las legiones de los partidarios de los discos compactos donde cabe una enciclopedia. En cualquiera de los casos, la tarea del maestro tipógrafo debe ser la misma: tener el sentido de la que Lucca Paccioli llamaba Divina Proporción y hacer que un libro, por humilde que sea en su hechura, respete los cánones mínimos exigidos a un libro para que sea tal y no un conjunto de hojas impresas sin ninguna atención a los márgenes, los folios, el colofón, tan importante y vital como la puerta de entrada a un libro.

En este fin de siglo, abundan las argumentaciones que en nombre de la tecnocracia y de los nuevos sistemas de transmisión

del conocimiento, pregonan la muerte del libro. Acaso no estamos lejos de la terrible profecía de Ray Bradbury en *Fahrenheit 451* y debamos comenzar la formación de esa heroica tribu de hombres-libro encargados de mantener la memoria bibliográfica de la Tierra. Que los prodigios de la electrónica permitan el almacenamiento y la presentación de la cultura bajo otras formas y así se evite la tala de los bosques, es una intención loable, pero el libro tiene el mismo derecho a la vida que los árboles. Seguramente los troncos de aquellos que sirvieron para fabricar la celulosa después convertida en el papel holandés sobre el cual se imprimieron los grabados de la *Historia natural de la Nueva España* deben sentirse orgullosos de permanecer en esa otra forma de vida. De la edición casi artesanal de los aforismos de Hipócrates en versión de Manuel Carpio a las *Obras completas* de Francisco Hernández —orgullo de la industria editorial mexicana y ejemplo de dignidad tipográfica— ha habido una larga historia de trabajadores del libro, donde cada parte ha contribuido al todo armónico.

Un personaje de la novela *El Club Dumas* de Arturo Pérez-Reverte afirma que con los procesos actuales de edición, los libros tienen, a lo sumo, una vida de setenta años. También es verdad, como hace notar David Huerta, que en la historia del planeta, la del libro es cronológicamente breve. Si el libro llega a su fin, nunca dejaremos de lamentarlo, pero tampoco nos cansaremos de celebrar la juventud de esa criatura causante de algunos de los instantes más plenos de la existencia de quien haya hecho un libro parte de sí. Y si bien los lectores siguen siendo proporcionalmente escasos, y el fastuoso papel con el cual los incunables han llegado hasta nosotros no puede utilizarse para el libro que el estudiante lleva a la escuela, al lado del *walkman* o del balón de basquetbol, uno de los orgullos pasados y presentes de la Universidad es la durabilidad de sus libros. Al contrario de otras ediciones económicas que ofrecen productos mal llamados libros, nuestra Imprenta Universitaria se ha empeñado desde sus orígenes en elaborar un producto que cumpla requisitos de durabilidad y resistencia. Pero no se trata de un trabajo aislado sino del trabajo armónico de varias voluntades. Sin el ojo educado del tipógrafo, la plana no tendría el aire y la elegancia necesarias; sin la pericia del linotipista, no sería posible la traslación del original al cuerpo tangible de la letra; sin la habilidad del cajista, la plana no tendría la simetría que ha identificado tradicionalmente al libro universitario; sin la precisión del prensista, cada página carecería de uniformidad; sin el cuidado del encuadernador, el libro no tendría la longevidad que caracteriza a nuestros libros frente a otros productos del mercado editorial que prefieren apostar por la ganancia económica en detrimento de la calidad. Sin los trabajadores del libro, en fin, las palabras serían patrimonio del viento.

Si en los murales de nuestra Ciudad Universitaria puede leerse la historia de nuestro país y los símbolos principales de nuestra Universidad y nuestra cultura, los libros universitarios han contado, a lo largo de los años, con el trabajo invaluable de grandes artistas plásticos y profesionales del diseño y las artes gráficas. A Carlos Mérida se debe el diseño para las cubiertas de la colección Nuestros Clásicos; Francisco Moreno Capdevilla es autor del grabado que simboliza la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, mientras a Francisco Díaz de León se debe el diseño de

la colección Nueva Biblioteca Mexicana. A Julio Prieto, Alberto Beltrán y el propio Moreno Capdevilla se deben numerosas viñetas de libros universitarios, actualmente rescatadas en las reimpresiones y nuevas ediciones de los más de cien títulos de la Biblioteca del Estudiante Universitario, en opinión de Edmundo O'Gorman una verdadera enciclopedia mexicana. El trabajo de Vicente Rojo en numerosos libros universitarios creó toda una escuela, de la que cabe destacar los nombres de Rafael López Castro y Bernardo Recamier. Germán Montalvo y Ricardo Noriega se suman a los diseñadores respetuosos de la hechura del libro como un trabajo de precisión, sensibilidad y exigencia.

La Universidad es una doble productora de libros. Por una parte, en sus institutos, centros, escuelas y facultades se generan los materiales intelectuales. Por la otra, durante varios años la elaboración de los libros universitarios fue realizada exclusivamente por los propios talleres universitarios, hasta que el crecimiento natural de la institución llevó en 1986 a la descentralización editorial. A la Imprenta Universitaria se encomendó, desde 1935, el trabajo de confeccionarlos. Por lo tanto, el próximo se cumplirán sesenta años de la aparición del primer libro universitario salido de los talleres ya constituidos como tales. No es casual que esa primera publicación sea un *Manual del linotipista. Descripción, operación y ajustes*, de Ernesto M. Rodríguez. El colofón de la obra es más que elocuente: "Este libro se acabó de imprimir en la Ciudad de México, el día 21 de marzo de 1935, en la Imprenta Universitaria, Calle de Bolivia 17." La próxima primavera marcará entonces el inicio de trabajos en la Imprenta Universitaria. Al *Manual del linotipista* siguieron ediciones como *Sinóptica clínica* de los doctores Ocaranza y Argil; *Impresos mexicanos del siglo XVI*, de Emilio Valtón; *Nociones de obstetricia*, de Fermín Viniegra; la revista *Asistencias*, de Beneficiencia Pública; y los *Anales* del Instituto de Biología. *Las cactáceas de México*, de Helia Bravo M. es un libro que medio siglo después de su primera aparición, continúa vigente, como lo demostró su reedición en tres volúmenes —corregida y aumentada— por parte del Instituto de Biología.

Por lo que se desprende de la enumeración de los primeros títulos salidos de las prensas universitarias, el material bibliográfico estaba destinado desde entonces a cumplir con las tres funciones sustantivas asignadas a nuestra institución: docencia, investigación y difusión de la cultura. En 1961, el entonces rector Ignacio Chávez presidió la constitución de una Comisión Editorial que subrayaba lo anterior. Resulta ilustrativo citar un fragmento del acta constitutiva para comparar el quehacer editorial universitario de entonces con el que hoy nos ocupa:

1. En cuanto a la producción literaria, dar desde luego preferencia a ella en sus manifestaciones de investigación de los institutos, libros de los profesores, tesis de alumnos que ameriten publicarse.
2. En cuanto a la producción de libros de texto, tratar de incrementar la publicación de textos tanto de profesores universitarios como de profesores mexicanos ajenos a la Universidad que quisieran dar esa contribución a nuestra casa de estudios.
3. La producción de obras mexicanas raras por uno u otro motivo y que los editores comerciales no se lanzan a publicar por ser inactuales o no costeadables.

Aunque la Universidad de hoy no es la de ese entonces, en esencia su labor editorial, se ha mantenido fiel a esa línea de conducta: docencia, investigación y difusión de la cultura son los tres grandes ríos por los cuales se orienta la navegación de quienes se acercan a la Universidad como casa editora de sus libros, aquellos realizados por miembros de su comunidad o los que se convierten en universitarios por su capacidad generativa, su voluntad inquebrantable o su afán visionario. A una editorial comercial hubiera resultado absurdo que alguien le ofreciera una Gramática Tenejapa. Hoy, la lengua normada por esa gramática corre peligro de desaparecer, y la obligación de nuestra máxima casa de estudios es publicarla, como lo está haciendo, dentro de la Colección Seminario de Estudios para la Descolonización de México. Con lo anterior, queda de manifiesto que la obligación de la Universidad es llenar aquellas áreas del conocimiento donde la ganancia económica resulta secundaria.

En la evolución planetaria, el libro es una criatura joven y, paradójicamente, se halla en peligro de extinción. Hace un siglo y medio, un adolescente sentado en su sala de lectura podía dar la vuelta al mundo en ochenta días, buscar un tesoro enterrado en una isla desierta o asaltar, espada en mano, un barco enemigo. La imaginación creaba atmósferas, los sentidos del joven lector hacían eco a la intención del escritor que abría las puertas a mundos ilimitados. En nuestro fin de siglo, la realidad virtual parece haber abierto peligrosas puertas que otorgan a la imaginación nuevos poderes pero que tiene el peligro de convertirla en un organismo repetidor de esquemas preconcebidos, sin ninguna elección por parte del usuario.

En años anteriores el *Voyager II*, en viaje hacia Saturno, transportaba en su vientre de platino diversos testimonios del tercer planeta del Sistema Solar: canciones de ballenas jorobadas, poemas de Walt Whitman, discursos de nuestros grandes dirigentes para que seres distintos a nosotros pudieran enterarse de qué, cómo y dónde somos. Supongamos que se nos concediera enviar una nave semejante y a nuestra Universidad le solicitaran una muestra de su acervo bibliográfico. Ojos y manos de una raza acaso diferente examinarían entonces el cuerpo noble y duradero de las *Obras completas* de Francisco Hernández; se preguntarían si lo que llamamos poesía tiene el peso simbólico que concretamente posee el *Material poético* de Carlos Pellicer; le resultaría difícil aceptar que en un país pequeño y grande llamado México exista tal variedad de cactáceas, clasificadas gracias a la sabiduría de la doctora Helia Bravo; sabrían, a través de imágenes prodigiosas, de la existencia de un lugar llamado Lacandonia, pulmón y esperanza del planeta; le asombraría, a través del *Manual del linotipista* de Ernesto Rodríguez, de la existencia de una máquina primitiva que utilizaba plomo fundido para formar palabras, líneas, libros. Entonces podríamos enorgullecernos plenamente de la permanencia de nuestros libros, y la Universidad tendría el alcance que su nombre promete. Pero como estamos a unos cuantos años de terminar el milenio, y nuestros libros pasados, presentes y futuros están a nuestro alcance, gocemos la herencia que nos toca y defendámosla contra los heraldos negros que quisieran la muerte del libro, esa criatura varias veces centenaria que goza de cabal salud. ♦